

## La Shoá en los manuales de Historia alemanes de la posguerra (1949-1968)<sup>1</sup>

En 1950, entre las ruinas de una Europa devastada, la socióloga judía Eva Reichmann se preguntaba: “¿Cómo educan los alemanes a sus hijos, hoy? ¿Existe alguna posibilidad de que la nueva generación crezca sin aquel espíritu agresivamente nacionalista que empujó al mundo al caos y a los judíos europeos a la ruina? Un análisis de los actuales manuales escolares de Baviera puede ayudarnos a contestar esta pregunta”.<sup>2</sup>

El primer gesto después de la catástrofe es la pregunta por las narrativas nacionales y la educación de las nuevas generaciones: la descripción del espanto. La sospecha de Eva Reichmann de que huellas de aquel espíritu racista seguían latentes entre los renglones de los manuales puede confirmarse parcialmente aún en la actualidad, ya no en lo que respecta a la Shoá, pero sí a la existencia de sobrevivientes.

En este artículo me centraré sólo en el análisis de los libros de Historia de la “primera época” de ambas Alemaniás, desde su fundación en 1949 hasta la “crisis” de 1968. A partir del mismo (terrible) pasado, ambos Estados construyeron narrativas nacionales que ignoraban tanto la historia como a las víctimas de la Shoá, educando a las generaciones postnazismo en discursos “limpios” del genocidio que la misma sociedad –unos pocos años antes– había llevado a cabo.

### El programa de re-educación

El rol central de la educación y los materiales pedagógicos, tanto durante las dictaduras como en la restauración democrática, resultaba evidente para los intelectuales alemanes en el exilio. Ya en 1942, Marx Horkheimer envió un me-

<sup>1</sup> Este artículo forma parte de mi actual investigación de doctorado sobre representaciones de las minorías culturales en los manuales escolares alemanes (1949-2004), en la Heinrich Heine Universität de Düsseldorf (Alemania). Los resultados de la misma serán publicados a la brevedad.

<sup>2</sup> Reichmann, Eva G. “Das Erziehungswesen in Deutschland”, en *Jüdische Wochenschau*. Buenos Aires, 13/1/50, pág. 5.

morando al Ministerio de Relaciones Exteriores estadounidense con los lineamientos de un plan de “re-educación” para Alemania. Este término proviene –en realidad– de la psiquiatría y fue propuesto por Brickner, quien en 1941, en su libro *Is Germany incurable?*, sugería la adaptación de este tratamiento psiquiátrico para el caso de una nación que –según él– se comportaba como un paciente con rasgos paranoides graves.<sup>3</sup>

En 1948 se decide comenzar con la redacción de nuevos libros de Historia.<sup>4</sup> Surge, así, la colección *Wege der Völker* (*Caminos de los pueblos*), producida bajo la supervisión de los Aliados. En ésta no se calla el genocidio, pero se presenta una visión parcial e ideologizada del mismo. La “personalización” de la historia lleva al absurdo de plantear que la culpa de todo lo sucedido la tuvo Hitler, quien “odiaba a los judíos”. La responsabilidad colectiva de la sociedad alemana se omite, y esta negación es reforzada por el mito de la “ignorancia”: la gran mayoría de la población “ignoraba” lo que estaba sucediendo. Entrelíneas no faltan argumentos antisemitas solapados, como en el siguiente párrafo:

*Lamentablemente, el antisemitismo encontró terreno fértil, ya que el modo de comportarse de un pequeño grupo de ciudadanos judíos, que carecían de toda sensibilidad, irritaba y provocaba al resto de la población, especialmente en las grandes ciudades. Naturalmente, la gente veía –a primera vista– a estos pocos y no a las decenas de miles de judíos bien-intencionados y menos escandalosos. La ola antisemita pudo, así, envolver a una gran parte de la población alemana. Pero como reconocimiento a una gran parte de la población hay que decir que en cuanto el nazismo empezó a realizar acciones contra los judíos, cambió la atmósfera. La estrella amarilla que cada hombre, mujer y niño judíos debía llevar –por lo general– no resultaba peligro alguno en la vida pública. Si se había esperado que –a través de ello– la población ‘aria’ realizara acciones en contra de quienes llevaban la estrella, en realidad se consiguió lo contrario: se despertó el sentimiento de piedad y la disposición a ayudar.<sup>5</sup>*

Este libro no solamente mezcla la cronología de los hechos –la disposición que obligaba al uso de la estrella amarilla es de 1941–, sino que renueva prejuicios **legitimando** las razones del antisemitismo –en la primera parte de la cita– y **mintiendo** –en la segunda– respecto del “*sentimiento de piedad y la disposición a ayudar*”. Estos párrafos, como muchos otros, pasaron –sin em-

<sup>3</sup> Ambos citados en Gerhardt, Uta. “Das Re-education Programm der USA”, en Erlner, Hans (ed.). *Gegen alle Vergeblichkeit. Jüdische Widerstand gegen den Nationalsozialismus*. Frankfurt, 2003, pp. 407-431.

<sup>4</sup> Respecto a la política de uso y producción de manuales escolares en la Alemania de la posguerra ver Kolinsky, Martin y Eva. “The Treatment of the Holocaust in West German Textbooks”, en *Yad Vashem Studies*. Jerusalem, 1974, pp. 149-216.

<sup>5</sup> *Wege der Völker. Band IV*. Berlin, 1949, pág. 284.

bargo— la censura de los Aliados y constituyeron el primer libro de Historia editado después de la catástrofe.

## Levantamiento de la censura y retorno de lo reprimido

### La amnesia de Occidente

En 1949 se fundan oficialmente las “nuevas” Alemanias (Occidental y Democrática). Los Aliados retiran la censura sobre los libros: las jóvenes repúblicas pueden elaborar sus propios materiales pedagógicos.

Las narrativas de los manuales escolares de Alemania Federal demuestran, a partir de ese momento, algo esperable, pero no por eso menos decepcionante. Así, los discursos circulan ya sin censura externa y realizan una perversa operación histórico-psicológica: a través de un “desplazamiento”, los autores construyen a los alemanes como víctimas, “borrando” literalmente de la historia a quienes sufrieron la crueldad y el genocidio.

Uno de los ejemplos más extremos para el caso de Alemania Occidental tal vez sea el del manual de Historia *Grundzüge der Geschichte (Rasgos fundamentales de la historia)*, editado en 1953 y reeditado en 1957 y 1966. Si bien éste menciona la persecución a los judíos y los socialdemócratas (otros grupos, como los gitanos, testigos de Jehová, homosexuales, etc., no aparecen en libro alguno hasta mediados de los '80), no se nombra —en ese contexto— ni una sola vez la Shoá, los campos de concentración o las cámaras de gas. Por el contrario, los relatos espeluznantes comienzan en 1945, cuando los alemanes son **víctimas** de expulsiones en Europa del Este. Cito:

*Quien no poseía más que las ruinas de su casa era todavía más rico que los alemanes que fueron expulsados de su patria. (...) Se realizó una terrible persecución. Los alemanes ya no era sujetos de Derecho. Su propiedad pertenecía al que la robaba. (...) Usualmente les eran tomados hasta los pequeños atados que llevaran consigo, con sus pocas pertenencias. Miles fueron víctimas del odio del pueblo, murieron en campos de concentración o fueron asesinados en los caminos de la fuga. Cientos de miles murieron por hambre, frío o cansancio.<sup>6</sup>*

La primera generación de posguerra creció, así, en un discurso que simplemente **reprimió** la Shoá. No se trataba sólo del silencio, sino de la autoestilización de los victimarios en víctimas. La descripción de los “suplicios” sufridos por los alemanes es sospechosamente parecida a los que —en realidad— sufrieron otros grupos **por causa** de los alemanes. En esa versión “revisionista” de la

<sup>6</sup> *Grundzüge der Geschichte. Band 4. Diesterweg*, Frankfurt/Berlin/Bonn, 1953, pág. 149 y ss. En las ediciones posteriores, el párrafo aparece casi idéntico.

historia, los procesos de desnazificación y los juicios de Nüremberg son descritos con resentimiento, como en el siguiente párrafo: “*En el Derecho de los pueblos no existía, hasta ese momento, una ley sobre la cual pudieran basarse las acusaciones. Los Aliados inventaron esas leyes: ellos eran, al mismo tiempo, redactores de las leyes, fiscales y jueces*”.<sup>7</sup>

Con el transcurso de los años, la represión (en el sentido freudiano) se debilita y la Shoá comienza, aunque de manera marginal, a aparecer en los manuales. Pero entonces se utilizan otras estrategias discursivas que permiten alejarse de la culpa histórica, similares a las que se usaban bajo el control de la censura de los Aliados. Así, las frases se encuentran redactadas en forma pasiva: los judíos “sufren” deportaciones, “mueren” en los campos, “dejan sus vidas” en las cámaras de gas. Casi nunca se menciona al sujeto de la acción, y cuando lo hay, está personalizado: se trata de Hitler, Himmler o Rosenberg.

Los textos dan a entender que el resto de la población alemana fue engañada y vivía también perseguida por el régimen fascista. Así, por ejemplo, en un manual de 1956 aparece:

*El pueblo alemán y la opinión pública mundial se enteraron de estos crímenes recién después de la ocupación de Alemania, en 1945. En Nüremberg, un juez norteamericano afirmó: “Las declaraciones de quienes estuvieron envueltos en estas terribles y planificadas matanzas masivas demuestran que, con gran probabilidad, no más de 100 personas estuvieron al tanto de lo sucedido”.*<sup>8</sup>

La afirmación resulta absurda habiéndose mencionado, unas páginas antes, la cantidad estimada de víctimas en millones.

En un tono similar se expresan la mayoría de los materiales publicados hasta la crisis política de 1968, que en Alemania representó no solamente la protesta del movimiento estudiantil conocida a nivel mundial, sino una rebelión de los hijos frente a los padres, su historia y su silencio.

### **Alemania Oriental, la cámara oscura del socialismo**

Los procesos de represión de la Shoá se dan también en Alemania del Este, pero a través de otro mecanismo. Los libros de texto exponen lo sucedido sin intentar encubrir la realidad, pero las estrategias ideológicas los libran, también a ellos, de toda culpa histórica por lo sucedido.

Si en las primeras décadas de posguerra los manuales occidentales optaban por una versión personalista de la historia, en el Este se aplicó la estrategia con-

<sup>7</sup> *Ibíd.*, pág. 150. Subrayado de la autora. Párrafos de un tono similar se encuentran en libros de Historia hasta fines de los '60, como *Zeit und Menschen (Tiempo y personas)*, de 1966.

<sup>8</sup> *Um Volkstaat und Völkergemeinschaft*. Stuttgart, 1956, pág. 192.

traría: una narración marxista, estructuralista y dogmática en la cual las “condiciones sociales” –y de ninguna manera los sujetos– determinan la historia.

Aunque los razonamientos son opuestos, la conclusión es la misma: la sociedad alemana y los sujetos individuales quedan eximidos de sus responsabilidades. Así, la historia la hacen o bien las estructuras –en la versión oriental “marxista”– o bien dos o tres sujetos aislados y todopoderosos –en la versión personalista occidental–.

La segunda falsificación de la historia también utiliza un mecanismo similar al de los textos occidentales: la identificación con las víctimas. En este caso, de otra manera: el relato convierte los doce años de dictadura en una lucha entre nazis y comunistas. Si bien es cierto que los comunistas fueron las primeras víctimas del sistema, la historia queda al menos “recortada”: los otros grupos son mencionados sólo marginalmente, como pinceladas de fondo en el retrato central de los comunistas.

Después de este recorte, una maniobra histórica permite encuadrar a la Alemania Democrática –y por tanto, a todos sus ciudadanos– como “herederos de las víctimas” del nazismo: los comunistas alemanes. Los nazis quedaron del otro lado de la frontera, en la Alemania capitalista; allí hay que buscarlos.

La historia se manipula a tal extremo que en el campo de concentración de Auschwitz, en Polonia, donde se dedica una barraca a cada nación víctima del nazismo, Alemania del Este también poseía la suya; un país que, entonces, ni siquiera existía.

Es importante, sin embargo, destacar que existe una diferencia importante en cuanto al relato de la historia respecto de Alemania Occidental: en el Este, al menos no se calló lo sucedido y –aunque fuera de manera marginal o manipulada– se nombraba a víctimas reales. El problema reside en que, al presentar a Alemania Oriental como la heredera de los comunistas, se “limpia” el pasado común: la gran mayoría de los habitantes de lo que después fue la República Democrática de Alemania colaboraron tanto con el régimen nazi como los occidentales.

Sugerente es la falta de conocimiento e interés sobre este período de la historia que tienen muchos alemanes socializados en este sistema y lo “lejos” que lo ubican de su propia biografía. Las historias familiares fueron –en muchos casos– silenciadas, y las nuevas generaciones tampoco preguntaron demasiado. Al fin de cuentas, es menos doloroso creerse heredero de las víctimas que saberse descendiente de los victimarios.

### **El basurero de la historia**

El 9 de noviembre, (no) casualmente un aniversario del *pogrom* cínicamente denominado “Noche de los cristales”, cayó el Muro de Berlín. La reunificación alemana estableció el desafío de una nueva ideologización de la historia, que uniera –en una narrativa nacional conjunta– los mitos construidos hasta entonces. Difícil tarea, aunque –como demuestran los ejemplos citados– en el caso de

la Shoá, si bien con ideas opuestas, los “resultados” obtenidos eran muy similares: la represión y la negación como estrategias psicológicas subliminales.

Stefan Hermling describe, en un texto autobiográfico, una escena de la posguerra en la cual los Aliados proyectaban un documental sobre Dachau y Buchenwald a los alemanes, antes de darles sus tarjetas de racionamiento. “*En la media luz del proyector ví cómo la mayoría, apenas empezada la película, daba vuelta su cara hacia la pared, y así la mantuvo, insistiendo en ese gesto hasta que terminó la proyección. Hoy me parece que esa cara dada vuelta es la postura que tuvieron y tienen millones.*”<sup>9</sup>

Ese gesto es el mismo que se reproduce en los libros de texto: dándole vuelta la cara al horror de la historia “se pone a ésta de cabeza”, con mecanismos ideológicos que –como en una cámara oscura– transformaron a los victimarios en víctimas.

Algo de esto deben haber intuido los autores del *Diccionario de la alegría* (sic), de Alemania Oriental, que afirmaba: “*Lamentablemente, no hay una mujer de la limpieza ni un tacho de basura para la historia. Toda la suciedad debe ser trabajada.*”<sup>10</sup> Ese “trabajo” implicaría el gesto contrario: no dar vuelta la cara, sino –en palabras de Emanuel Levinas– divisar el “rostro” del otro, cuya mirada me dice: “no me mates”.

La filosofía de la alteridad de este autor, escrita con la tinta del dolor irreparable de la Shoá, puede ayudarnos a pensar cómo representar ese dolor y tantos otros en libros de texto escritos después de la barbarie.

<sup>9</sup> Citado en Stern, Frank. *Im Anfang war Auschwitz*. Göttingen, 1991, pág. 15.

<sup>10</sup> Citado en Käppner, Joachim. *Erstarrte Geschichte. Faschismus und Holocaust im Spiegel der Geschichtswissenschaft und Geschichtspropaganda der DDR*. Hamburg, 1999, pág. 216.

## SUMMARY

### THE SHADOWS OF HORROR. THE SHOAH IN THE GERMAN HISTORY BOOKS OF THE POSTWAR PERIOD (1948-1968).

In my paper, I will tackle the analysis of the “first epoch” history books of both Germanies (Federal and Eastern), starting from their creation up to the 1958 “crisis”. I will state also how starting from the same (terrible) history, both Germanys have constructed national fictions that ignored the history and the Holocaust victims, educating the post Nazi generations with speeches cleaned of the horror that the same society had only a few years earlier carried out.